CONFRONTACION LITERARIA O LAS RELACIONES DE DOS NOVELISTAS: GALDOS Y BAROJA

I

El 27 de abril de 1970, invitado por mi amigo Manuel Alvar, hablé en la Universidad Autónoma de Madrid de un tema que podía tener interés para los estudiantes de Letras: mis recuerdos familiares de Galdós y las relaciones de éste con mi tío.

Hoy, al celebrarse de modos varios el centenario de Baroja, me he visto obligado a hablar y a escribir más de la cuenta, y, rebañando, me encuentro con el guión de aquella conferencia, que voy a aprovechar ahora, para pergeñar unas cuartillas.

El tema es limitado, pero voy a dividirlo en dos partes, que se podrían separar con facilidad, aunque sean coherentes. Trataré primero de recuerdos que son estrictamente personales o familiares. Después, con mayor amplitud, de lo que puede tener más interés público en la historia de la literatura española. Para mí, como individuo, lo primero es más importante que lo segundo; pero comprendo que para los demás no lo es. De todas maneras, entre la experiencia individual y la de los habitantes del mundo o mundillo literario, está la de los simples lectores de novelas y a ellos me dirijo ahora sobre todo.

Yo he nacido a fines de 1914, en el barrio donde por entonces vivía Galdós. Mis primeros recuerdos datan de 1917, de la huelga de Correos. Después tengo algunos más, aislados, de fines de la primera guerra mundial. Unidos a ellos los de los paseos con mi tío en Vera; o en Madrid, por Rosales, el Parque del Oeste o la Moncloa. Allí solía pasear también don Benito, ciego, con un acompañante. Encorvado y triste. No sé si la imagen que conservo de él es de *primera* o *segunda mano*. Pero sí me acuerdo, claramente, de un comentario de mi tío, al volver a casa: «He visto a Galdós, que me ha producido una impresión terrible. No me he querido parar a hablarle. ¡Pobre hombre!» Esta frase la recuerdo como repetida y acaso la asocio con

fotos que aparecieron en las revistas por entonces, o al morir Galdós mismo, en 1920. Que el tema *Galdós* era frecuente en las conversaciones familiares por entonces, también es cosa clara para mí. Mi abuelo materno, Serafín, ya muerto, admiraba a Galdós, y el galdosianismo era también fervoroso en mi madre. Reservado en mi tío Pío. A Ricardo, pintor, grabador, hombre de varias inquietudes, era, sin duda, al que menos interés le producían el novelista y su mundo.

De aquí discusiones y controversias. Sobre todo entre mi madre y mi tío Pío.

Como siempre, de estas discusiones salía algo menos rígido y esquemático que la posición previa. A veces, sin embargo, no suelen quedar reflejados después de modo conveniente. Y esto explica que los hombres más dados a comentar la letra (o *una letra)* que a profundizar en su espíritu caigan en generalizaciones caricaturescas, manejando este o aquel texto, seleccionado entre otros.

Por otro lado, la experiencia me indica que, hoy, la crítica de algunos autores con tendencia sociológica o con determinadas ideologías políticas, es de una falta de finura total: de una falta de aproximación a lo que uno ha vivido, que al fin, hasta le hace dudar de la verosimilitud de la historia literaria en general. Triste resultado de tanto esfuerzo, de tanta beca, de tanto viaje de estudios y de tanta publicación especializada.

Se ha dicho y repetido —por ejemplo— que Baroja *odiaba* a Galdós. Se ha hablado de las *inepcias* que dijeron Unamuno y Baroja sobre Galdós mismo y se ha proclamado que las *Memorias de un hombre de acción* carecen de valor histórico y que los *Episodios nacionales* son pura y verdadera historia. Todo esto desde el Olimpo universitario o desde el cafetín madrileño. No daré los nombres de los Aristarcos definidores. Allá se las compongan con sus departamentos de español y sus revistas de escándalo sometido a previa censura.

II

Creo que se impone una matización temporal cuando empezamos a tratar del tema de las relaciones de Galdós con Baroja y de las apreciaciones de éste. No son las mismas en 1901 que en 1904 ó 1906. Tampoco serán iguales los recuerdos de 1926 y los de 1950. Pero un escritor, para muchos, es igual a sí mismo a los veintitantos años que a los ochenta. Así se llega a la quintaesencia dogmática. Las relaciones

más importantes de Pío Baroja con Galdós son de 1901. Tenía el uno veintinueve años no cumplidos y el otro cincuenta y ocho. Si antes, en grupo, había dado pruebas el primero de su admiración juvenil por el segundo, entonces el que se acercó al joven fue el mayor. Baroja envía a Galdós *La casa de Aizgorri*. Galdós lee, sin duda, alguna otra obra de Baroja, y en una entrevista con José León Pagano dice categórico: «Tenemos novelistas jóvenes: Blasco Ibáñez, Arturo Reyes *y especialmente Pío Baroja.*» Esto lo recuerda Baroja en sus *Memorias*. También varios hechos en torno al estreno de *Electra* el mismo año. No voy a repetir ahora lo que él escribió con verbo y lo que yo le he oído contar muchas veces, sin cambiar detalles, aun en su vejez extrema. Lo que sí es evidente es que tras el entusiasmo de 1901, y tal vez a causa de *Electra* misma, sobrevino un primer enfriamiento, no perceptible en principio. Azorín y Maeztu se acaloraron más que Baroja, riñeron y hasta casi se agredieron por *Electra*. Baroja encontró que Galdós no había estado a la altura de las circunstancias, dando al público una obra de tesis, sólo regular, muy violenta, anticlerical, y temiendo luego las consecuencias de la violencia misma. Después esta especie de desconfianza, en relación con el carácter de Galdós, se fue aumentando al conocer ciertas historias de su vida privada, corroboradas por Bonafoux.

Pero todavía la idea de que Galdós es un *maestro* subsiste y con él dialoga acerca de la técnica de la novela en general y los temas cardinales de la española en particular una y otra vez.

A Galdós le interesaba Madrid, los pueblos castellanos, las mujeres y las tramas de dinero. Que el dinero es asunto novelesco y novelable ya lo había demostrado plenamente Balzac. Pero a Baroja no le interesó tanto como *materia prima*. La curiosidad por Madrid la compartía, pero en estratos sociales algo distintos. Los caracteres femeninos en Galdós eran, sin duda, de lo mejor de su obra. También más carnales que los de Baroja, porque él mismo estaba más pegado a la carne. En cambio, en lo que se refiere a los pueblos y ambientes no madrileños, Baroja creía que Galdós se contentaba con notas un poco sumarias y a veces convencionales. En la discrepancia y en el asenso había motivo para dar largos paseos. Baroja consideraba a Galdós como el novelista representativo de España. En esto lo comparaba con escritores heteróclitos. Por ejemplo, con los norteamericanos Bret Harte y Mark Twain y con el ruso Gorki. Podemos pensar que otros autores, e incluso de los mayores, no tienen tan marcada impronta regional. Es curioso advertir que en esta misma época, anterior a 1904, Baroja hace una lista de hombres de talento que ha conocido, en la que

están incluidos el patriarca del anarquismo francés E. Reclus, los dos jefes del republicanismo español Pi y Margall y Salmerón, el representante del aticismo intelectual de las letras españolas, don Juan Valera; Benavente, en la cumbre de su reputación... y Galdós. Cambian las valoraciones con los años. Más tarde Baroja no sintió ninguna estima por Salmerón. Sí conservó recuerdo respetuoso de Pi, al que había visitado con Azorín en su casa humilde, y que le pareció un «viejo gnomo», metido en un raro mundo de ensueños y utopías. La obra de Benavente dejó de interesarle, pero siempre creyó que don Jacinto era hombre muy ingenioso, y no comprendía la hostilidad que sentían hacia él algunos cuando ya era viejo. Don Juan Valera le era muy simpático como persona, aunque sus novelas más famosas no fueran lo que más le gustara. Creía, en cambio, que en agudeza de espíritu estaba muy por encima de otros hombres famosos de su época y de después.

Nos queda, en fin, Galdós. La amistad con él continúa fuerte en 1905 y 1906. Don Benito, en una de las escapadas a París, le recomendó a León y Castillo, embajador en Francia en el momento de delicadas negociaciones, durante las que el político canario tuvo incluso que rechazar ciertas ofertas territoriales, que asustaron al Gobierno español. Después de volver de París, Baroja aún daba grandes paseos con Galdós por las calles de Carranza y Luchana, y hablaban de sus respectivos trabajos y proyectos. En la biblioteca de «Itzea» hay hasta cuatro ejemplares de los *Episodios nacionales,* dedicados. El primero es el *Narváez,* de 1902: «A Pío Baroja, de su buen amigo y compañero B. Pérez Galdós», reza la dedicatoria. La misma fórmula en *Aita Tettauen,* de 1905. En 1906 se repite en el ejemplar de *La vuelta al mundo en «La Numancia».* Cambia el mismo año en *Prim:* «A Pío Baroja, su invariable amigo y compañero...», y en *España sin rey,* de 1908, aún es más cálida: «A Pío Baroja, con afecto y admiración de su buen amigo...»

He aquí que cuando don Benito estaba escribiendo sobre los acontecimientos de 1870 topó un día con Baroja y le contó ce por be todos los detalles de la conspiración que concluyó en el asesinato de la calle del Turco. Salió éste impresionado por el relato. Su desconcierto fue grande al leer el «episodio» correspondiente. Don Benito había escamoteado casi todo. Aun de viejo se lamentaba Baroja de no haber escrito la conversación larga del paseo. ¿Por qué aquella prudencia?, se preguntaba. Muchos años después le he oído yo decir también a la hija de don M. Bartolomé Cossío que éste creía que Galdós se había

llevado a la tumba más de un secreto de la historia contemporánea española. Don Benito, sin duda, era un hombre más enigmático de lo que se ha dado a entender.

III

Llegamos a 1912. Baroja tiene cuarenta años y se ha decidido a pasar gran parte de la vida en Vera, con su madre. Arregla «Itzea», ayudado por sus hermanos. Va acumulando libros. Se aleja sensiblemente de círculos y cotarros literarios.

Son las horas de las largas lecturas, del mayor sosiego, de la reflexión tranquila. La historia del siglo XIX empieza a interesarle más que la crónica contemporánea. En 1912 firma, ya en «Itzea», la primera novela de la serie de las *Memorias de un hombre de acción: El aprendiz de conspirador*. El 28 de diciembre de 1934 firmará en Madrid la última: *Desde el principio hasta el fin*. En veintidós años escribe veintidós tomos de la serie. Hay que reconocer que no es la parte mejor conocida de Baroja, aunque, a mi juicio y el de otras personas más lejanas a él y con autoridad, tiene mucha importancia. En el largo proceso de su composición, Baroja se vio sometido a varios impulsos y movimientos mentales.

De un lado, de modo constante, tuvo que comparar el resultado de sus pesquisas y averiguaciones con el que sacó Galdós de las suyas. De otro, tuvo que responder a ciertas críticas comparativas: no sólo con lo que Galdós había escrito, sino también con lo que iba escribiendo Valle-Inclán. Como consecuencias de estas actividades reflexivas pueden señalarse las siguientes, de importancia mayor:

I) Crítica bastante adversa de los hombres de la generación de su padre; es decir, la misma de Galdós, la de los nacidos antes de mediar el siglo XIX.

II) Defensa de la posición intelectual propia y de la de algunos de sus contemporáneos.

III) Intento de distinguir su posición ante el siglo XIX, frente a Galdós y Valle-Inclán.

IV) Estilización final de las conclusiones a que había llegado. Considero que esto ocurre en tres lapsos: uno que va de 1912 a 1920, cuando muere Galdós. Otro de 1920 a 1936 y otro que va a llegar hasta el final de su vida consciente.

Vamos a desarrollar con brevedad estos puntos.

Dejando a un lado el margen de cuquería política, de garrulería y de superficialidad que atribuyó a muchos de los hombres nacidos entre 184... y 185..., desde el punto de vista intelectual y artístico, sentía marcada antipatía al realismo literario de los autores más famosos de aquella época en España. Con Pereda, por ejemplo, la incompatibilidad era absoluta. Pero hallaba algo común a veces con él, en la Pardo Bazán..., en Galdós mismo. A Valera le pone aparte y, pese á su clasicismo, se siente más afín a él en espíritu.

El medio por el que Galdós tenía complacencia también le molesta, y por ello el estilo familiar y casi festivo de los costumbristas anteriores, como Mesonero y Trueba. Por la inconformidad y por la aspereza y desgarro siente así mayor afinidad con Larra. Estas tesis o posiciones, que ya se ven adoptadas en libros como *Juventud, egolatría* (1917), en *La caverna del humorismo* (1919), en los artículos compilados en el *Nuevo tablado de Arlequín* (1917) y en «Divagaciones apasionadas» (conferencia de Bilbao de 1920) van endureciéndose con el tiempo. Baroja en 1926, en la conferencia que leyó en la Casa del Pueblo, de Madrid, sobre «Tres generaciones», dio una nueva carga contra la generación de 1840, con mala moral —según él— en políticos, abogados, periodistas y literatos. Condena la mezquindad, el nepotismo, la falta de dignidad, el aparato, el entusiasmo por cómicos y toreros, la falsa idea de España, y los compara con el pesimismo, la agresividad, el apoliticismo y la tristeza de muchos de los nacidos, como él, alrededor de 1870. Curioso será advertir, de todas formas, que considere allí que «Galdós pertenece en parte a esta generación y en parte a la siguiente»; que le excluya, por tanto, en el balance negativo.

Si ahora dijera que la razón de otros juicios está condicionada en parte por los mismos que en su día se emitieron sobre las *Memorias de un hombre de acción,* muchos replicarían que lo hacía arrimando el ascua a mi sardina. Está bien, y parto del supuesto. La vida literaria es lucha. En la lucha hay su parte de táctica, su parte de estrategia. Al morir Galdós se dieron ataques contra él. Los más señalados fueron los de Unamuno y Valle-Inclán. Poco después Baroja, que en las *Memorias* de su vejez reconoce que Galdós fue uno de los escritores que le mostraron mayor simpatía, daba la muestra mayor de no correspondencia, a la que se refiere en las mismas *Memorias.* No tenía, dice en 1920, gran entusiasmo por él ni como escritor ni como persona. No lo tenía entonces, añadiremos. Sí en 1901 ó 1904. Galdós, vuelve a decir por estas fechas del 20, fue un novelista hábil y fecundo. No un gran hombre. En este juicio hay también demasiada brevedad. No un

gran hombre desde el punto de vista ético, punto de vista que a Baroja le va preocupando más y más, hasta llegar a una vejez en la que casi no apreciaba más que el valor moral. Probablemente las aventurillas de don Benito y sus flaquezas no tuvieron mucha importancia, pero eran de las que molestaban más a Baroja. Eran justamente parte de las flaquezas más típicas de las que en bloque atribuía a los señoritos de la época de su padre. Estamos en el momento de mayor agresividad, condicionada por la polémica. Algún crítico acusa por entonces a Baroja de ser un mero imitador de Galdós. Hay que responder. Sólo partiendo de la ignorancia que muchos españoles de hacia 1925 tenían *ya* de la historia del siglo XIX, ignorancia que ha ido *in crescendo* (y que culminó entre 1940 y 1950), se puede decir, en efecto, que Galdós fundó como género español la novela histórica. Dejando las románticas, escritas bajo el influjo de Walter Scott, los folletinistas (padres de Galdós, lo mismo que de Baroja) habían escrito novelas tomando como base episodios de la historia contemporánea. Baroja recordaba a Ayguals de Izco, a Martínez Villergas y a otros autores que, con fines de propaganda política casi siempre, habían tomado como personajes centrales a Cabrera, Zurbano, la reina María Cristina o Sor Patrocinio, para tejer una acción más o menos tremebunda. Los tomos o tomazos con estos productos andaban por las casas de la burguesía española cuando Baroja era niño, y su casa no era una excepción. Lo que de epopeya tenían las luchas decimonónicas estaba reflejado también en otros libros muy conocidos, y en las mismas casas los padres y abuelos hablaban de continuo de sus recuerdos bélicos. El padre de Baroja no era de los que menos podían hablar, y allí, en la calle de la Misericordia, a comienzos de este siglo, discutía con Valle-Inclán o con don Ciro Bayo sobre carlistas y liberales. Por otro lado, en España fueron también muy populares los *Romans nationaux,* de Erckmann-Chatrian. Hablar, pues, de una *imitación* pura y directa es pecar de ignorancia o de intención aviesa o de las dos cosas. Cualquiera que, sin ser crítico u hombre de letras interesado, lea un *Episodio* de Galdós y un tomo de las *Memorias* de Baroja se da cuenta de las diferencias esenciales. Y en una fase final de su vida Baroja mismo las señaló.

No en el discurso de ingreso en la Academia de 1935, pero sí en otros escritos de la misma época las va consignando. Unas se refieren a la forma y otras al fondo.

Galdós, dice en cierto artículo, gustó todavía del párrafo largo. Baroja usa de una técnica más impresionista, de párrafo más breve. Galdós escribió los *Episodios nacionales* pensando en lo que cierto público podía desear. Baroja no pensó en tal público, y a la imagen

de la España épica y bastante poetizada o teatralizada de Galdós opuso la de una España violenta, la de una realidad desprovista de idealizaciones. Galdós, en el fondo, era un hombre de ardoroso romanticismo, un hombre con fe en programas. Baroja no tiene esa fe y se sumerge en las profundidades y contradicciones del espíritu de quienes creen tenerla. Galdós forja figuras muy ideales, como la del señor De Labrit, y obtiene así efectos conmovedores pero teatrales. Baroja no procura explotar tales efectos... En última instancia, en los *Episodios* encuentra teatralidad y exceso de plan.

Ahora, por mi cuenta, añadiré algunos detalles, bajo mi palabra. Sin testimonio escrito que los corrobore. Baroja —diré mi tío aquí— creía que los *Episodios nacionales* de las series finales, la cuarta y la quinta, eran los mejores. Pensaba, en efecto, que Galdós pintó mejor el ambiente de Madrid en 1868 o en 1876 que el de Oñate, Vergara o Laguardia en 1835. Creía que podía entender mejor a Prim o a Castelar, a Cánovas o a Salmerón que a Zumalacárregui y que su fuerte era Madrid, en esencia. Ciertas pinturas de ambiente vasco se le despegaban de la realidad (de su *realidad),* como también las de Valle-Inclán. En ciertos personajes, como el conde de España o Narváez, veía *casos* psicológicos más que casos *políticos.* Lo de menos para él era que fueran ejemplares para bien o para mal.

Un hombre que tenía muy poca simpatía por Baroja (y al que él correspondía de modo paralelo), Salaverría, habló de su incapacidad constructiva. Si el hacer una fábula con moraleja es equivalente a construir bien, Baroja reconocía no incapacidad, sí falta de voluntad para urdirla. Que esto trajera buenos o malos resultados para obtener el aplauso público le era indiferente. Galdós, en suma, hizo una obra que ha sido alabada por nacionales y extranjeros. Hoy, por razones que no vienen al caso, es más simpático a las izquierdas que la llamada *gente del 96.* La juventud ve los años de la primera república, etc., idealizados y magnificados. La juventud siente los ideales del 68 como algo suyo, dramáticamente cercenado. Galdós es uno de los representantes de aquellos ideales. Baroja no puede, no debe tener los mismos valedores. En un país tan poco dotado para la psicología como España, en una época de endurecimientos y dogmatismos políticos y de gente con la cabeza cuadriculada, aunque sea gente de letras, no tiene por qué agradar. Pero su aviso, su advertencia, está ahí. Es la que sirvió de divisa a Mérimée. No dejarse engañar. No engañar tampoco con cantos de sirena. No quisiera que mi voz pareciera destemplada y antigaldosiana, porque yo admiro a Galdós como el que más. No compararé mi amor a su obra con el más entrañable, claro es, que tengo a la de

mi tío. Pero resumiendo, diría que la España dura que me ha tocado vivir se parece más a la de éste que a la de aquél y que en la manera complaciente de ver ciertas cosas de don Benito he hallado más un ideal de vida que una imagen de la vida misma. Y aún..., aún creo que el pesimismo atribuido a Baroja era poco comparado con los horrores de la realidad vista y padecida de 1936 a muchos años después. Sólo Goya ha podido dar idea de horrores similares. Y de la garrulería y tartajerías cotidianas mejor es no hablar.

JULIO CARO BAROJA

Alfonso XII, 50
MADRID